



SAN MARTIN ALONSO. A. (2009) *La escuela enredada. Formas de participación escolar en la sociedad de la información*. Barcelona, Gedisa.

Este libro que tengo el placer de presentar, de magnífica factura y rabiosa actualidad, afronta uno de los temas más complejos de la realidad escolar: Los centros están cada vez mejor dotados de ordenadores, pizarras digitales y conexiones de banda ancha, pero se consolida entre los educadores y algunos sectores de la sociedad la sensación de que la escuela está fracasando, en los modos y en las formas, de aprovechar las inmensas posibilidades y recursos que ofrece la Sociedad de la Información para aumentar, por un lado, rendimiento académico de los estudiantes y, por otro, responder de manera efectiva a su ineludible compromiso social, cultural,

económico y político.

¿Qué está ocurriendo pues? Desde mi experiencia profesional he podido escuchar dos discursos reveladores en el acercamiento del profesorado a las TIC, uno catastrofista y, quizá, algo acrítico, aunque comprensible: “Mientras los centros se llenan ordenadores, la institución escolar se está vaciando de contenidos”; y el otro, bastante más ajustado a la realidad: “Bien, ahora tenemos máquinas, pero nos faltan la formación y los recursos didácticos apropiados para sacar partido de ellas.”

Por otra parte, y pese al notable esfuerzo de la última década realizado por las administraciones públicas en recursos tecnológicos y –en menor medida– formación del profesorado, todavía subsiste una tremenda brecha digital entre el día a día a pie de aula y el imparable dinamismo y mutabilidad de una generación de estudiantes permanentemente enganchada a Internet.

Considero que el libro de Ángel San Martín, proporciona algunas pistas fundamentales sobre este complejo “enredo” en el que está inmerso el uso de las TIC en los centros españoles. Porque el advenimiento de la era digital y la escuela contemporánea generan discursos y formas paradigmáticas de afrontar la realidad que responden a lógicas distintas: Por un lado, la tradición académica –aún hoy bastante anclada en la pedagogía de la transmisión– no encuentra fácil acomodo en los imperativos de interactividad, inmediatez, autonomía personal y ausencia de control centralizado que

reclama la web social; y, por otro, los planes de estudios y sucesivas reformas educativas no son capaces de incorporar “las dimensiones epistemológicamente más valiosas del discurso de los medios”.

La compleja dialéctica entre el deber ser de la escuela y la vorágine de una aldea global cada vez más profusamente interconectada, exige “formas de participación en la realidad escolar” (modelos pedagógicos, herramientas didácticas, actividad docente...) que hagan un uso efectivo de las TIC y demuestren su valor como instrumento de socialización y formación del alumnado. Pero esto, como bien constata el autor de este libro, está aún por demostrar.

Estructuralmente, la obra se divide en dos partes bien diferenciadas: La primera de ellas trata sobre la “producción de ciudadanía y el activismo social en los medios”, abordando temas en permanente debate como el potencial innovador de las TIC, la creación de materiales multimedia de tipo didáctico (y su pretendida neutralidad), la formación del profesorado, la gestión telemática de centros, o la controvertida lógica del “aprender concursando” y “jugando”. Confieso que me ha resultado especialmente interesante en enfoque y valoración ofrecidos sobre el impacto que los programas de formación del profesorado tienen sobre la realidad educativa.

Me gustaría destacar este párrafo: “Los políticos y otros muchos agentes sociales se empeñan en señalar al profesorado como principal responsable de que las TIC tengan la presencia que ostentan en las aulas. Y como gran remedio a este importante mal, se ofertan cientos de cursos en distintas modalidades y a los que el profesorado responde con bastante generosidad. Pese a todo, la repercusión de tanto esfuerzo por revertir la tendencia antes señalada es más bien mínima”. Desde mi experiencia como docente y ponente en numerosos cursos de formación del profesorado, no puedo estar más de acuerdo: La mayor parte de los cursos que se han ofertado, únicamente hacen referencia al uso instrumental del software y al dominio de competencias básicas en la web social, pero en muy pocas ocasiones se provee a los docentes de un repertorio efectivo de estrategias didácticas para su aplicación al aula. Por otra parte, la rapidez del cambio tecnológico conduce a que estos conocimientos acaben quedando obsoletos en muy poco tiempo.

Tampoco quiero dejar pasar por alto el excelente tratamiento dado, en el capítulo tercero, al fenómeno que yo denomino “peterpanismo educativo”; Esta creciente tendencia a sobredimensionar las ventajas del “aprender concursando” y el “aprender jugando” ¿no conducirá, en última instancia, a una banalización de la enseñanza? La cultura del videojuego constituye una innegable forma de participación en la sociedad de la información. Es un fenómeno masivo y global; no en vano a los a los *netgens* - jóvenes nacidos en las décadas de los ochenta y noventa- los sociólogos les dan también



el nombre de “Generación Nintendo”. Lo cual sitúa el debate pedagógico sobre la cultura del entretenimiento entre las argumentaciones de quienes defienden con entusiasmo las ventajas del software educativo y quienes ven en esta imparable tendencia las sombras de la sociedad de consumo y cierto desmantelamiento del saber formal y riguroso, en beneficio del mero entretenimiento.

La segunda parte de la obra versa sobre la “refundación organizativa de los centros escolares”. La pretendida neutralidad tecnológica es una vana quimera y la mera presencia de ésta en los centros –particularmente los recursos TIC de última generación– produce cambios profundos en la estructura y organización de la institución educativa sobre los que urge una detenida reflexión. Y esto es precisamente lo que hará el autor: Primero, desde una perspectiva “macro”, investigando cómo las políticas educativas de las distintas administraciones afectan al modo en que se implementan las TIC y el uso que se hace de ellas. Por ejemplo, la maraña de planes y programas de las comunidades autónomas produce una “cartografía imposible”; un mapa difuso de disposiciones económicas e intenciones ideológicas que determinan -en lo cualitativo y lo cuantitativo- aspectos fundamentales del trabajo en los centros. Así, la cantidad y variedad de equipos informáticos, el tipo de formación ofertada al profesorado, y no digamos ya cuestiones de hondo calado político como la apuesta por el software libre o el software propietario, conducirán, a medio y largo plazo, a diferencias entre territorios cuyo efecto quizá resulte todavía algo prematuro cuantificar.

La perspectiva “micro”, a la que está dedicada el último capítulo, tiene que ver con las políticas domésticas –y sus múltiples discursos de acompañamiento– que adoptan los centros en el empleo de las TIC como recurso que afecta a la organización escolar y como instrumento de enseñanza-aprendizaje. La reorganización de los espacios físicos, las nuevas condiciones de trabajo, y los distintos posicionamientos filosóficos y pedagógicos sobre la “escuela enredada” serán objeto de reflexión en esta parte final del libro.

En definitiva, considero que estamos ante una obra de referencia, que permitirá a los lectores –y en particular a los profesionales de la enseñanza- situar en perspectiva y conocer los múltiples matices que afectan a la compleja relación entre la institución escolar y la Sociedad de la Información.

Andrés García Manzano
Universidad de Salamanca
agm@maptel.es

